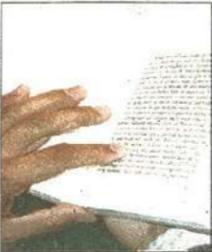


Élmer Mendoza Un coleccionista de pasiones

"Siempre he sido una persona que ha vivido entre el sueño y la realidad, y el haber tenido a mi abuelo, un tipazo; mi pandilla y mi madre en su momento, me ha servido para planificar mi vida en las letras, de tal suerte que no tengo más obstáculos que el cansancio"

Azucena Manjarrez



Élmer Mendoza es un coleccionista de pasiones que hilvana las historias de manera natural, utiliza la jerga del pueblo sinaloense, las cuenta al oído, despacio...

Quiere ser un escritor con voz propia y lo único que sabe es que debe trabajar duro, aunque nunca sepa con seguridad si lo logrará o no.

Sólo espera tener fuerzas para escribir toda la vida, hacer literatura buena y continuar con el objetivo romántico de poner a su ciudad en el mapa de la cultura universal.

"Me gustaría que Culiacán se palpe, se sienta, así como podemos hablar con mucha propiedad de otros lugares. Quiero que conozcan, sepan cómo somos de orgullosos, cómo son de hermosas las mujeres, que sientan esta ciudad y quieran algún día venir acá".

Sinaloense de nacimiento, Élmer Mendoza, cuentista, dramaturgo, autor de novelas y ensayos, se perfila como uno de los narradores más sólidos de su generación, cuyo trabajo poco a poco va abriendo brecha en el país.

Al echar un vistazo al mundo de la literatura, aparece la voz de Élmer Mendoza, la que ha llegado si no para mostrar las historias de su gente: populachera, orgullosa, contar con poética vaguedad los escenarios de su infancia.

Esos tiempos que pasó de manera alegre al lado de su pandilla, en la *col popul*, como llama a la colonia Popular, con su familia, con los padres Ernesto Álvarez, Benjamín Jiménez.

Sentado en su oficina de Difocur, de mirada firme, figura espigada, amable, acento peculiar, vestido con toda propiedad, está quien ha plasmado su sentir en *El asesino solitario*, *El amante de Janis Joplin*, *Trancapalanca*, *Mucho que reconocer*. *El amor es un perro sin dueño*, *Buenos muchachos*, *Quiero contarte las huellas de una tarde en la arena*, *Cuentos para militares conversos*.

El escritor que además de literato ha sido durante años un incansable promotor de la lectura y formador de generaciones de jóvenes comprometidos con este quehacer, es un ser humano agradecido con su ciudad porque dice que gracias a ella es como un coleccionista de pasiones, y en ese sentido, muy pasional.

Los recuerdos de su infancia

Las palabras se escuchan, ha dejado de ser el escritor para volver por unos minutos a su vida pasada, cuando apenas dibujaba su caminar.

Cuando estaba en la primaria, como cualquier otro niño, escribía poemas a Benito Juárez, a la madre, a las flores.

Rumbo a Altata, en el Ejido *El Continente*, están sus "convenciones infantiles", las que aparecen en sus cuentos y acercan al Sinaloa que tanto quiere.

La historia de Mendoza es la de un niño que aprendió a escribir a los diez años, vivió parte de su infancia con sus abuelos, creciendo bajo una dinámica de trabajo campesino, donde la importancia de la naturaleza, el tiempo, la lluvia, el frío, los mosquitos, las madrugadas, eran determinantes.

Fue un pequeño especial que ocupaba su tiempo en discutir las ideologías de los escritores con sus amigos, hacían excursiones a Altata y a Imala en bicicleta; cruzar el río era una aventura, y él escribía las crónicas de esos viajes.

Sereno dice que su madre batalló mucho para tener un compañero y se vio en la necesidad de trabajar para mantener a sus seis hermanos.

Cuando nació la única mujer de su familia, su mamá ya no pudo atenderlo y tuvo que llevarlo con sus abuelos, con la promesa de volver en una semana por él. Y ahí, en el ejido *El Continente* se fue quedando.

"Les caí bien", señala, por lo que no teniendo otra lengua materna más que la elemental de un campesino, lo inscribieron en una escuela rural que estaba a unos cinco kilómetros.

"En este lugar tuve una de las experiencias más fascinantes de mi vida, pues mi maestra atendía todos los grados. Yo estaba con los de segundo, tercero y cuarto", comenta.

Recuerda que no sabía los números y mucho menos sacar las cuentas, pero intentaba dibujarlas de tal forma que cuando ponía la primera cifra, todos ya habían terminado.

"Mis amigos de tercero me hacían los trabajos, cuando la maestra llegaba a revisar me decía 'guau... tú sí sabes', pero en realidad era lo contrario", explica.

"Cierta día en el recreo un niño en bicicleta me atropelló y se me abrió la cabeza. No había manera de curarme, me *cortaron* la sangre con asientos de café y mi abuela decidió que yo no iría más a la escuela", recuerda el escritor.

En esos tiempos, el no asistir a la escuela era algo normal y es entonces que su madre emprende una campaña para llevárselo de nuevo a la ciudad.

"Un día del mes de septiembre, mi abuela me dijo que me bañara para ir con mi mamá. Me vistió y al llegar dijo: te lo traigo para que lo eduques, y en ese instante me inscriben en la primaria del Club de Leones".

"Imagínate... llegar a la ciudad fue descubrir otras cosas, maravillas que empecé a enfrentar, el ir a primer grado con nueve años, era enorme, flaco, muy estirado", recuerda Élmer.

Es ahí donde se da cuenta del distanciamiento notable que tenía en relación a sus compañeros de primaria y su contacto con el mundo de las letras.

Vivía a lado de sus seis hermanos varones en la colonia Popular, un lugar donde no había libros, pero sí cómics. Mezclaba su tiempo en la escuela y discutir con su pandilla las ideologías de algunos escritores, algo que hasta la fecha lo sorprende.

"Lef los que fue posible, toda una mezcla porque uno de mis vecinos trabajaba en una puzeta de periódicos y nos llevaba para que toda la raza leyera".

"Mis amigos eran un tanto como yo de soñadores, queríamos ser mejores, algo importante, no pasar desapercibidos. Como no éramos buenos para los deportes, nos quedaba lo otro, la ciencia, el arte", menciona.

Su grupo de amigos se reunía diariamente en la capilla de la Santa Cruz para jugar ajedrez, leer revistas de ovnis, esoterismo, época en la que inició una amistad con el hoy obispo Benjamín Jiménez y monseñor Ernesto Álvarez.

"Ellos nos llevaron al seminario con el padre Herrera y la cuestión era que él nos enseñaba filosofía y escolástica, pero cuando empezó a tocar asuntos de los marxistas y dejamos de entender, ya no fuimos", reitera que esta etapa fue algo determinante en su formación.

Enfrentarse a otra realidad

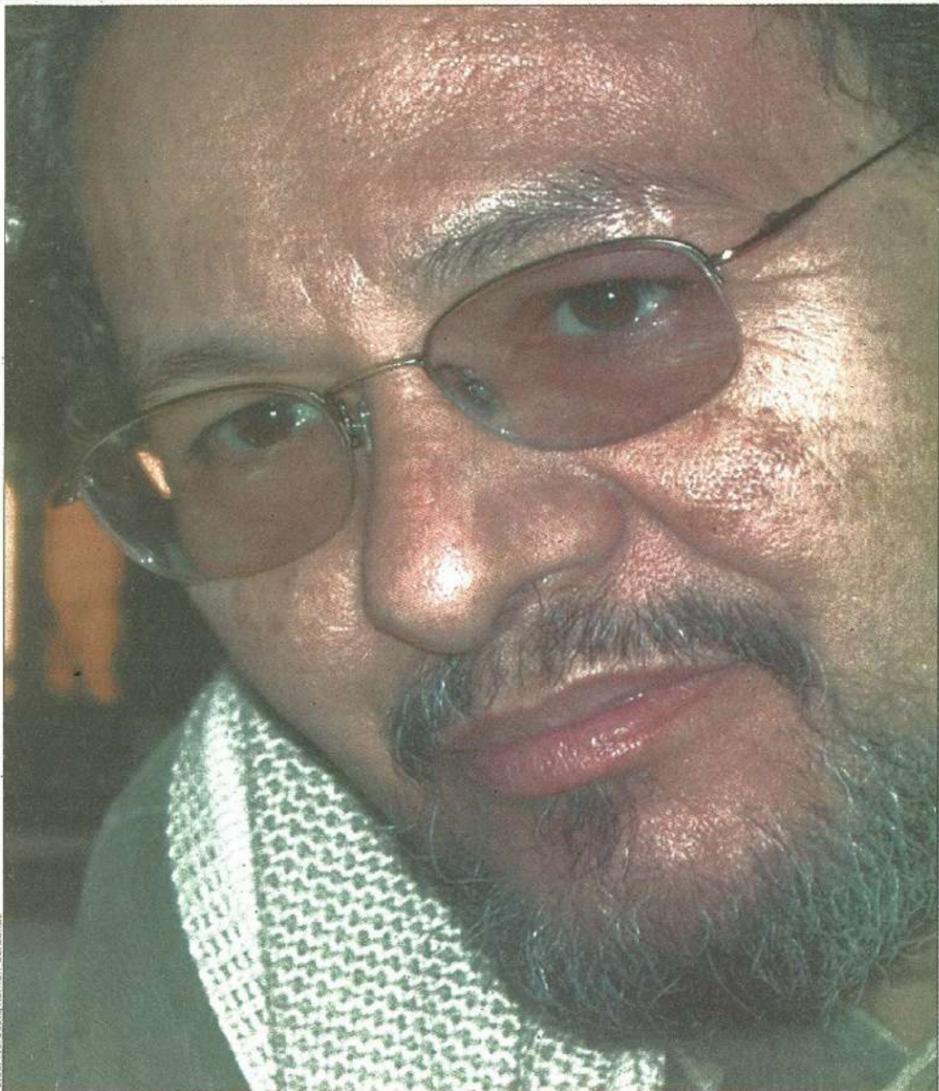
Todo esto fue un aprendizaje de la cultura urbana y en las noches que no jugaban los Tomateros, escuchaban un programa de radio llamado *Tecolotito Musical* para pedir canciones.

A medida que transcurría el tiempo conocieron la literatura de Julio Verne, Emilio Salgari y muchos autores más.

"Fue muy curioso porque me acuerdo haber visto libros de filosofía que igual yo no entendía nada, pero los leía".

Por su mente no había pasado ser un escritor, pero ya se había abierto camino es este mundo que es un principio no emocionaba a su madre.

"Cuando me veía leer, me decía: ponte a hacer cosas de provecho, muchacho".



ÉLMER MENDOZA.

"En mi hogar la única figura paterna que tuve fue la de mi abuelo, de quien aprendí tres cosas que han marcado mi vida: ser honesto, no comprometerme si no puedo cumplir y que cuando pueda aportar algo, lo haga", rememora.

Élmer lo recuerda como un hombre que sabía tener calma, afrontar la violencia sin llegar a los golpes, que disfrutaba la vida, trabajaba la tierra con toda responsabilidad.

Es ahora cuando sabe lo mucho que le dio a un narrador que no necesita inspiración, que ha vivido entre el sueño y la realidad. Haber tenido a su lado su pandilla y a su madre en su momento le ha servido para planificar su vida en las letras, de tal suerte que no tiene más obstáculo que el cansancio.

En busca de un sueño

Recién graduado de la preparatoria el que salió a la Ciudad de México en busca de un sueño: estudiar ingeniería electrónica para ser científico o trabajar en la NASA.

Las reuniones con su pandilla y sacerdotes pasarían a un segundo término.

"Llegué a buscar a mi abuelo, estaba de malas pero yo no podía esperar a que se le pasara. Le dije que me iba y me preguntó por qué quería hacerlo, si sabía que no podía respaldarme".

Indica que caminaron un poco y de regreso sacó unos pocos de billetes que él rechazó.

"Se me quedó mirando y me dijo: 'te haces hombre, cabrón, te va a ir bien'. Eso fue clave para mi fuerza", señala.

Al arribar a la Ciudad de México empezó a adaptarse a una nueva vida: el internado, con gente desconocida, el inicio de la carrera de ingeniería electrónica y al mismo tiempo su encuentro con Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Benjamín Franklin, Hemingway, Balzac, Solano, empezar a escribir cartas y poemas.

Esos momentos fueron una etapa reveladora en la escritura que se acrecentaba cada día más.

Al terminar la carrera, Élmer era un ávido lector que se casa con su primera esposa y deciden que ella tiene que regresar a Culiacán a tener su hijo.

"Cuando ella se fue compré un cuaderno que sin darme cuenta llené, al hacerlo me sentía muy bien, me di cuenta que era algo que me satisfacía".

En ese entonces contaba con 27 años y tenía la primera noción de que podía ser escritor, por lo que se dijo a sí mismo: "voy a ser escritor", y empezó a comprar cuadernos hasta sentir que era necesario estudiar algo sobre la materia.

Al ingresar a la Universidad Nacional a estudiar literatura y me encontré a mucha gente con inquietudes parecidas. Ya entrado en el rollo, me puse a escribir cuentos de guerrilleros, campesinos, que se convirtieron en personajes de mi primer libro".

Para editar el ejemplar, dice haber recurrido a una editorial independiente cuyos gastos fueron en partes iguales; después llegó con gente del INBA para arreglar lo de la publicación.

"Apenas leyeron el primero de los cuentos, me programaron la edición e invité a toda la raza de la escuela".

De nuevo en su tierra natal

Al regresar a Culiacán junto con Aristeo Romero funda la editorial *Cuchillo de Palo*, y publica libros de Ledesma e Irma Garmendía; encuentra amigos comprometidos y se da cuenta que existe un movimiento de gente trabajando en este mundo; imparte talleres mensuales, organiza círculos de lectura.

Hoy todo ha quedado atrás, Élmer es un escritor reconocido en el mundo que comparte lo que sabe con la gente de su ciudad.

"Los que asisten a mis cursos deben aspirar a tener una historia parecida a la mía, en el sentido de que si somos más, las cosas funcionan mejor", señala.

Al escritor sinaloense también le gusta trabajar con sus alumnos de la Escuela de Letras, cosa que seguirá haciendo mientras pueda y tenga tiempo.

"Esto de los talleres de narrativa es un asunto serio y el fomento a la lectura es una actividad que me gusta mucho; poder ayudar a la gente a entrar a este mundo creo que es un placer que no puedo definir, es algo que no se guarda, debes compartirlo", dice.

A todos aquellos que les interesa la literatura, Élmer les recomienda que resistan y sepan esperar.

La vuelta al mundo

Con *Un asesino solitario*, primera obra de ficción que aborda a partir de la mitología que envuelve al asesinato político, hechos muy cercanos en la historia del país -a juicio de César Gutiérrez-, la vida de Mendoza tomó un rumbo diferente.

Su nombre empezó a hacer eco en el mundo, un hombre que dice que la literatura no es ocurrencia sino un ejercicio constante del lenguaje y la tensión, sobre todo si se habla de una obra de largo aliento en que se debe invitar al lector a continuar.

Lo hizo también con el *Amante de Janis Joplin* al llevarla a París, Sao Paulo, Brasil, y así pudo encontrar lo que buscó, ahora sólo espera a ver qué ocurre.

En Brasil, donde existe un mercado interesante, presentó ambas obras ante un grupo de editores.

Aunque no firmó contrato con ninguna editorial, van a estudiar su trabajo para ver si tiene cabida en ese mercado y de ser así, *El Amante...* podría ser traducido a cuatro lenguas.

Así es Élmer Mendoza, un hombre sencillo, puntual, un sinaloense que colabora con revistas y suplementos nacionales, imparte cursos, escribe a las cinco de la mañana, disfruta de un trabajo duro que le ha dejado muchas satisfacciones.